

Revisión de libros

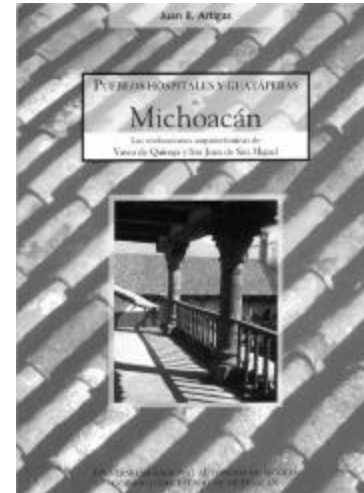
Pueblos-hospitales y guatáperas de Michoacán. Las realizaciones arquitectónicas de Vasco de Quiroga y fray Juan de San Miguel. Artigas Hernández, Juan Benito. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Gobierno del Estado de Michoacán, 2001, 144 páginas, fotos, planos, ilustraciones. ISBN 968-36-9490-K

Rogelio Vargas Olvera*

ASISTIMOS a la edición de otro libro del afamado doctor en arquitectura, Juan B. Artigas, autor, entre otros muchos, de *Capillas abiertas aisladas de México* y *La piel de la arquitectura, murales de Santa María Xoxoteco*. Pero el presente texto se refiere al estudio de nueve ejemplos de guatáperas, esas peculiares construcciones concebidas y realizadas en Michoacán por Vasco de Quiroga inicialmente, y después por fray Juan de San Miguel, a la luz y al influjo del inefable texto, *Utopía*, de Tomás Moro, que a consideración de Artigas, y de varios otros, en México no debiera calificarse con ese nombre, porque las formas comunales allí descritas fueron reales, palpables en nuestro país, con ciertas diferencias, claro está, por sus adaptaciones al contexto americano.

Oportunamente, Artigas menciona los afanes de Quiroga por conformar comunidades indígenas, con todos aquellos que sólo poseían carencias, en lugares cercanos a grandes capitales: la ciudad de México, y en Michoacán, cerca de

* Rogelio Vargas. Historiador egresado de la UNAM. Investigador del Archivo Histórico de la Secretaría de Salud. Correo electrónico: rogeliiovargas@prodigy.net



Pátzcuaro. Las ubicó en terrenos que consiguió, siendo oidor de la Segunda Audiencia de México, ya fuera por donación o por compra, edificando casas plurifamiliares de una sola rama pariental, incluyendo desde bisabuelos hasta los bisnietos, basándose, al parecer, en las casas que existían desde antes de la Conquista. De los casados jóvenes habría algunos que se encargaran del ganado y de las aves de corral, otros de labrar la tierra y quienes, obedecerían al de mayor edad y que más tiempo tuviera en el “hospitalito”. Éste sería cambiado cada dos años. Además de las habitaciones, contarían con una cocina grande, una capilla, un comedor grande, talleres de carpintería, albañilería y herrería, además se desarrollarían los “oficios femeniles... obras de lana, lino y seda y algodón y para todo ello necesario, accesorio y útil al oficio de telares”.

Menciona que Santa Fe de México fue fundada alrededor de 1532, y que además de todos los elementos mencionados, incluía una sala para enfermos contagiosos y otra para enfermos comunes, cuatro celdas para frailes, y un lugar para los peregrinos.

Santa Fe de la Laguna (1533) fue fundada en el lugar llamado Guayameo, en la rivera del lago de Pátzcuaro. El llamado genéricamente “hospitalito” está formado por dos crujías en escuadra, cuyos pórticos derivan de los aleros que se apoyan en pilares de madera con basas de piedra. La capilla es un cuadrángulo sencillo con techo de dos aguas y portada muy sencilla, enviguetada y con una ventana geminada de madera, cuya columna central es abalaustrada. Este patrón será frecuente en todas las guatáperas u hospitalitos del territorio michoacano, con ligeras variantes.

El de Uruapan, posiblemente fue fundado en 1535 por fray Juan de San Miguel, con indios previamente congregados,

a cada uno de los cuales dio posesión para que hicieran casas con huerta de frutas como “plátano... ate (sic), chicozapote, mamey, lima, limón real y ordinario”. Construyó una iglesia de cal y canto “Después de esto, emprendió la obra de un hospital para la curación de indios enfermos y lo concluyó a toda satisfacción... púsole su retablo y órgano, fundándole su renta...”. Luego distribuyó la población en nueve barrios, cada cual con su capilla, realizando una importante labor de urbanización, diferente a la concepción de Vasco de Quiroga y sus pueblos-hospital para población indígena.

En el caso de San Lorenzo, Juan Benito Artigas se congratula porque la gente de este pueblo se ha ocupado de restaurar la guatápera, conservando así inalterada la estructura original: arco de entrada con balcón (torre), crujías-habitación, patio y cruz central y capilla con artesonado polícromo, que es cuidada todo por la comunidad.

Angahuan: Subsiste solamente la capilla con hermosos relieves en los alfiles sobrepuestos. Data de 1570.

Turícuaro: Tiene también puerta techada, la capilla es muy sencilla con un arco de entrada de medio punto apoyado en pilastras; una ventana superior, con la misma forma, que ahora sostiene una campana, el techado es de dos aguas. Hacia la izquierda hay dos habitaciones en paralelo, también de dos aguas, que usan los fiscales indígenas para asuntos comunales.

Zacán: Tiene una recia torre de entrada en piedra, semejante a la de San Lorenzo. La capilla, posiblemente, tiene la portada de la iglesia renacentista del antiguo convento agustino del siglo XVI, pues su arco, con alfiz incompleto, fue elaborado en grandes bloques de piedra, lo mismo que la pequeña ventana superior. El interior de la capilla conserva una techumbre policromada de cinco planos, cerrado con ochavo interior vertical, todo ello sostenido por dos hileras de “pies derechos” (altos y esbeltos pilares de madera). Conserva también las habitaciones, formadas por dos crujías en escuadra con pórtico de gruesas columnas. Resaltan las ventanas de piedra cuyo arco cierra con zapatas, como las de Uruapan, y ciertas ventanas árabes.

Charapan: La capilla tiene una fachada con arco de medio punto con alfiz, flanqueado por columnillas y sobre una moldura está un nicho con la efigie de Ntra. Señora de Belén, más arriba un ventanuco y el remate con una cruz, y la techumbre de dos aguas. Tiene un portón encasetonado y con relieves. El patio tiene crujías en los restantes tres lados, una de ellas en la línea de la portada tiene dos niveles porticados hacia el patio.

Ocumicho: Su yoritzio u hospital sigue en funciones, con los elementos de la vivienda unifamiliar: vivienda, cocina y recinto religioso y área para los enfermos. Tiene torre de dos pisos como en San Lorenzo, Zacán y Nurío. Una pareja cuida el inmueble, como desde los orígenes. Tiene dos cuerpos de cocina que es de gran tamaño, uno techado, pero abierto al patio. El hospital está administrado por religiosas.

Nurío: Atrás de la parroquia está el llamado hospitalito, que tiene un campanario de “doble altura”. El hospitalito tiene habitaciones de un solo piso y a la izquierda de ellas, sobre una plataforma de seis niveles está la capilla, con un tejado sobresaliente de la fachada y sostenido por pies derechos, forma un vestíbulo a modo de nartex. El interior de la capilla tiene ornamentación barroca “...retablos, mobiliario, pinturas y un artesonado de madera policromada”. Casi junto a la puerta se encuentra una especie de gran repisa de madera, abalaustrada, muy peculiar, sostenida sólo por dos pilarcillos de madera: es el coro. En el modo testero hay un retablo de estípites, ancho con vitrina central y rematado con un gran resplandor de oro.

Gran parte de las maravillas descritas están en peligro de desaparición, porque sus materiales son frágiles, por lo que este libro de Artigas es un llamado a detener el abandono y la destrucción de guatáperas, como ha ocurrido en Paracho, Patamban, Sebina, Naranja, Zirosto, Erongarícuaro, Tócuaro, Úricho y Arócuti.

Según nuestro autor es recomendable el ejemplo de Tupátaro, donde fue rescatada la techumbre de madera, o artesonado y es mantenida por la comunidad. Una última recomendación que hace Artigas es que las autoridades permitan la hechura de tejamanil de piezas de madera para restaurar las guatáperas, y recomienda también el encalado de las partes pétreas, para evitar su erosión, ya que la finura de los labrados los hace vulnerables.

Bellamente ilustrado, *Pueblos-hospitales y guatáperas* plasma la arquitectura de estas edificaciones que constituyeron parte fundamental de las políticas metropolitanas en torno al gobierno y la espiritualidad de los indios, así como el ejercicio de la caridad hospitalaria.